

Los *Essais*: un discurso más allá del sistema y la autobiografía

MARÍA DOLORES PICAZO. U.C.M.

Si los *Essays* de Montaigne constituyen, desde una perspectiva genética tradicional, un texto difícilmente catalogable, es por cuanto participa con igual intensidad del discurso especulativo -que no necesariamente filosófico- y del discurso autobiográfico; sin llegar a asumir, no obstante, ninguno de ellos plenamente.

El análisis que seguirá no pretende, en forma alguna, erigirse en la solución definitiva a la cuestión de la catalogación genética de los *Essays* (entre otras cosas porque el simple *etiquetado* de una obra en nada ayuda a su mejor comprensión); pero, sí pretende, sin embargo, contribuir a esclarecer y a determinar la originalidad -en el sentido más etimológico del término- y los rasgos constitutivos esenciales de este texto que inaugura más que un género *stricto sensu*, un nuevo espacio literario. Lo cual debería conducirnos en última instancia a reconsiderar la clasificación tradicional de los géneros en función de la inserción del parámetro de la discursividad que nos ocupa en esta ocasión. Si bien, naturalmente, no será éste el momento de desarrollar este último punto de nuestro proyecto.

Siendo, por tanto, la incidencia por igual del discurso especulativo y del discurso autobiográfico uno de los ejes principales en torno a los que gira la originalidad de esta obra de Montaigne, empezaremos nuestro análisis estableciendo las diferencias más evidentes que separan a los *Essays* del sistema, entendido como conjunto organizado de elementos intelectuales, y de la

autobiografía, entendida como género literario delimitado y reconocido como tal.

Tomemos, en primer lugar, como punto de referencia la definición, bien conocida de sistema que Kant ofrece en *La crítica de la razón pura*:

Regidos por la razón, nuestros conocimientos no pueden constituir una rapsodia, sino que deben formar un sistema. Únicamente desde éste se pueden apoyar e impulsar los fines más esenciales de la razón. Por sistema entiendo la unidad de los diversos conocimientos bajo una idea. Ésta es el concepto racional de la forma de un todo, en cuanto que mediante tal concepto se determina a priori tanto la amplitud de lo diverso como el lugar respectivo de las partes en el todo. El concepto racional científico contiene, pues, el fin y la forma del todo congruente con él. La unidad del final que todas las partes se refieren y en la idea del cual se relacionan todas ellas entre sí, hace por un lado que la falta de cada una de esas partes pueda ser notada al conocer las otras, y por otro, que no se produzca ninguna adición fortuita ni haya ninguna magnitud indeterminada del todo que no posea los límites determinados a priori. El todo está, pues, articulado (articulatio), no amontonado (coacerbatio). Puede crecer internamente (per intus susceptionem), pero no externamente (per appositionem), como hace un cuerpo animal [...]. (Kant, ed 1978: 647)

De donde cabe extraer tres puntos fundamentales característicos del sistema:

- la unidad de los conceptos que reúne,
- la articulación de todas sus partes, y
- la imposibilidad de agregación externa alguna.

Y si hacemos especial hincapié en estos tres elementos, es porque la principal diferencia entre sistema y ensayo se establece justamente respecto de ellos.

Aplicando un criterio tan severo como esta definición de sistema propuesta por Kant, y teniendo en cuenta que una de las características de los *Ensayos* es la asunción absoluta de la antinomia y de la unicidad del instante - rasgos sobre los que naturalmente volveremos más adelante-, se observan claramente los aspectos que separan a uno y otro espacio.

En efecto, Montaigne, escéptico en cuanto a los poderes de la razón, rechaza y renuncia a su dogmatismo en favor de la ambigüedad y la fluctuación de las posibilidades del yo. Posibilidades que gravitan en un juego de perspectivas múltiples y autónomas, rehuyendo por su móvil -el yo- cualquier intento de fijación definitiva. De ahí, la imposibilidad de un conocimiento regulado y, por tanto, de una articulación en sistema, en estructura.

Je ne puis assurer mon objet. Il va trouble et chancelant, d'une ivresse naturelle.
(Montaigne, ed 1967: 327)

De otro lado, los *Essays* no están acabados ni interior ni exteriormente; hubieran podido ser aumentados y continuados en una dirección totalmente imprevista, aquella que el yo hubiera tomado.

Tampoco evitan la contradicción; por el contrario, no sólo la ponen de manifiesto, sino que, asimismo, la consideran como una de las características constitutivas esenciales del yo, siempre inestable, cuya naturaleza el autor debe necesariamente conocer, con objeto de asumirse en su totalidad.

Por otra parte, la articulación de los *Essays* es también significativamente distinta a la sintaxis de las partes del sistema. Montaigne, en efecto, no procede siguiendo un encadenamiento de ideas objetivamente coherente y lógico, sino por acumulación, es decir, por yuxtaposición de reflexiones y sensaciones. Lo cual es tanto más *lógico* cuanto que el objeto de los *Essays*, a diferencia del objeto -cualquiera que éste sea- del sistema, no puede circunscribirse ni delimitarse entre coordenadas fijas; pues el yo, por definición o, más exactamente, por su esencia misma, es un *objeto* cuyo cercamiento y enclavación resultan imposibles.

De ahí que Montaigne, haciendo muestra de una enorme lucidez ante el acto de escritura, califique sus *Essays* de rapsodias:

Il n'est sujet si vain qui ne mérite un rang dans cette rhapsodie (Montaigne, ed 1967: 35)

Je m'égaré, mais plutôt par licence que par mégarde. Mes fantaisies se suivent, mais parfois c'est de loin, et se regardent, mais d'une vue oblique [...]. J'aime l'allure poétique, à sauts et à gambades. C'est un art, comme dit Platon, léger, volage, démoniaque [...]. C'est l'indiligent lecteur qui perd son sujet, pas moi; il s'en trouvera toujours en un coin quelque mot qui ne laisse pas d'être bastant, quoiqu'il soit serré [...]. Mon style et mon esprit vont vagabondants de même. (Montaigne, ed 1967: 401)

No obstante esta voluntad de abandonarse al vagabundeo y a la divagación, esta renuncia sistemática al orden y a la unidad son menos inconscientes de lo que a primera vista parecen. Montaigne evita, ciertamente y de forma absolutamente consciente, la coherencia objetiva -tradicional, si se quiere- para someterse a otra coherencia, a la lógica de la subjetividad.

Pero no adelantemos acontecimientos; ya desarrollaremos más tarde esta idea, cuando emprendamos el análisis de la estructura profunda de los *Essays*. Por el momento señalemos tan sólo esta clarísima oposición entre el sistema y el ensayo, tal y como lo concibe Montaigne.

Para establecer las diferencias entre autobiografía y ensayo, tomemos como referencia la definición de autobiografía que Philippe Lejeune pro-

pone en *Le pacte autobiographique*; no sin antes advertir el carácter exclusivamente operativo de esta definición, expresado por el propio Lejeune y que nosotros evidentemente asumimos de igual forma.

Lejeune define así la autobiografía: "*Récit rétrospectif en prose qu'une personne réelle fait de sa propre existence, lorsqu'elle met l'accent sur sa vie individuelle, en particulier sur l'histoire de sa personnalité*" (Lejeune, 1975: 14). De donde se deducen varias diferencias fundamentales con el ensayo.

En primer lugar, los *Essays* no son la vida de Montaigne. Pues, en efecto, aun nutridos de numerosas alusiones a la propia existencia del autor, cualquier lectura atenta del texto demuestra que no es éste su objeto. Montaigne no pretende reconstruir la historia de su existencia, ni describir sus pensamientos ni actos pasados. Su objetivo consiste en conocerse y aprehenderse a sí mismo, asumiéndose en toda su individualidad, gozando del yo en el presente de cada momento, con el fin de convertirse en lo que realmente es; ésta es *su ciencia*, no exenta, desde luego, de una clara dimensión moral, aunque en su caso se trata de una moral individual, absolutamente personal.

Por ello, la orientación de los *Essays*, siguiendo la formulación de Lejeune, tampoco es retrospectiva -aunque en ocasiones Montaigne se vuelva sobre su pasado- sino fundamentalmente introspectiva, ya que lejos de pretender plasmar la evolución diacrónica de su existencia, lo que persigue Montaigne es la aprehensión por la escritura de la actualidad de cada instante, es decir, el presente constante de su yo.

Je le prends (mi objeto) en ce point, comme il est, en l'instant que je m'amuse à lui.
Je ne peins pas l'être. Je peins le passage: non un passage d'âge en autre, ou comme dit le peuple de sept ans en sept ans, mais de jour en jour, de minute en minute.
(Montaigne, ed 1967: 327)

Sin olvidar que, siendo su finalidad última el establecimiento de una moral individual, también cabría definir la orientación de los *Essays* de prospectiva.

De ahí, en lógica consecuencia, que el relato tampoco sea la forma predominante de los *Essays*. Pues, si bien su estructura formal está con frecuencia informada por segmentos de naturaleza narrativa, éstos no sólo se alternan con otros -mucho más frecuentes, por otra parte- de índole reflexiva, sino que además están siempre al servicio de estos últimos. La narración -normalmente- no es, por tanto, más que el pre-texto de la reflexión posterior, cuya temporalidad es siempre presente.

Así pues, a diferencia de la autobiografía, el ensayo no procede cronológicamente, sino analíticamente; es decir, ignorando la coherencia objetiva en favor del rigor que impone la subjetividad y la asunción del presente absoluto, reducido a su más mínima unidad:

"de sept ans en sept ans"-->"de jour en jour"--> "de minute en minute".

Una vez señaladas las diferencias más significativas entre el ensayo y los conceptos de sistema y autobiografía, pasemos a determinar con mayor precisión los rasgos constitutivos esenciales de este nuevo espacio de escritura creado por Montaigne. Y, para ello, vamos a examinar en primer lugar algunos aspectos generales de su estructura formal, para considerar después los tres puntos clave que de ella se derivan y que constituyen la piedra de toque del ensayo montaigniano.

Una de las constantes más llamativas de los *Essays* de Montaigne es sin duda el carácter heterogéneo y, en cierto modo, deshilvanado que presenta. Pues bien, considerando la estructura formal del texto, se observa, en efecto, una interpolación constante de segmentos narrativos, descriptivos y reflexivos, que parece ignorar el carácter específico de cada una de estas tres categorías. Ya que, de hecho, con frecuencia, Montaigne inicia un capítulo partiendo de una idea precisa y concreta, que abandona posteriormente de forma categórica, perdiéndose en narraciones ajenas a ella, para terminarlo con otra totalmente distinta. O bien, se alarga en descripciones enormemente prolijas y minuciosas sobre su propia persona:

J'ai au demeurant la taille forte et ramassée; le visage non pas gras, mais plein; la complexion entre le jovial et le mélancolique, moyennement sanguine et chaude, unde rigent setis mihi crura, et pectora villis (aussi ai-je la poitrine et les jambes hérissées de poils) (Martial, II, XXXVI, 5) La santé forte et allègre, jusques bien avant en mon âge rarement troublée par les maladies [...]. (Montaigne, ed 1967: 266)

D'adresse et de disposition, je n'en ai point eu [...]. De la musique, ni pour la voix que j'y ai très inepte, ni pour les instruments on ne m'y a jamais su rien apprendre. A la danse, à la paume, à la lutte [...]. (Montaigne, ed 1967: 266)

Pero todas estas descripciones detalladas, toda esta amalgama de segmentos narrativos y reflexivos tienen un sentido y una significación muy precisa; apuntan y fijan firmemente la realidad propia, original e irrepetible del yo de Montaigne.

Por otra parte, y aunque desde la perspectiva que nos guía en este análisis este aspecto permanece en segundo plano, hay que tener en cuenta, asimismo, las circunstancias históricas y culturales que rodean a los *Ensayos*, pues, sin duda, explican en buena parte la presencia de las citas y de las narraciones que se refieren a autores y personajes de la Antigüedad.

Montaigne procede, por tanto, por yuxtaposición de segmentos que se suceden siguiendo exclusivamente el orden de su composición, es decir, el orden impuesto por las asociaciones que le sugiere el tema tratado en cada momento.

Ce n'est qu'une marqueterie mal jointe. (Montaigne, ed 1967: 401)

Estructura fraccionaria, por consiguiente, que, por otra parte, se corresponde exactamente con la estructura del yo, cuya aprehensión por la escritura constituye el objetivo perseguido por Montaigne.

En efecto, esta forma abierta es la réplica, la repetición literaria de ese abandono al instante presente y a su inagotable fecundidad, que Montaigne concibe y practica en su vida y en su pensamiento. Las mismas palabra con que caracteriza a este último (*imprémédité et fortuit*) aparecen de nuevo cuando describe la estructura formal de sus *Ensayos*:

Mon dessein est de représenter en parlant une profonde nonchalance et des mouvements fortuits et imprémédités, comme naissant des occasions présentes. (Montaigne, ed 1967: 388)

Por otro lado, las digresiones, además de la función específica de la que antes hablábamos, tienen también una importancia capital. Constituyen un elemento componente esencial del ensayo, pues son la línea ondeante a través de la cual se expresa la subjetividad fluente.

Así pues, Montaigne recurre a esta forma fragmentaria y abierta porque es la expresión natural de la subjetividad absoluta. El objeto del ensayo -la esencia profunda del yo-, inestable en sí mismo no encuentra reflejo o expresión apropiada más que en una forma abierta, libre, flexible; en una palabra, igualmente inestable, ya que los *contenidos* de la introspección no pueden decirse ni crearse en una composición rígida y estanca, en una escritura que pretendiera erigirse en sistema, cualquiera que fuera su naturaleza (filosófica, autobiográfica, etc.)

Ce ne sont mes gestes que j'écris, c'est moi, c'est mon essence. (Montaigne, ed 1967: 106)

En consecuencia, inconexión y falta de ilación en el discurso de Montaigne que, sin embargo, son tan sólo aparentes; pues, si la unidad del ensayo no es evidente en su estructura formal, sí lo es, no obstante en su estructura profunda, cuyo estudio emprendemos a continuación.

El objetivo de Montaigne, recordémoslo, consiste en el conocimiento de su yo, esto es, en la aprehensión total y absoluta de su individualidad original e insustituible; búsqueda ontológica, en definitiva que Montaigne emprende dando curso libre a su propio ego.

Ahora bien, llegados a este punto del análisis, conviene señalar con mayor precisión cómo se lleva a cabo esta búsqueda.

Montaigne realiza un acto de dejación y de renuncia que se centra fundamentalmente en él, en su interior; pues aunque se retira a su castillo, no se aísla de la sociedad como lo hará más tarde Rousseau. Así, renunciando a cualquier forma de vida propuesta como ejemplo, y situado exclusivamente frente a sí mismo, dirige su búsqueda hacia la esencia profunda del ego. Y para ello, se abandona al movimiento y a las fluctuaciones del yo con objeto de captarlas en su singularidad y autenticidad. Emprende, por tanto, un proceso de escucha de la propia individualidad, que culmina en un rebajamiento, en una humillación (física y moral) absoluta del ser, cuya finalidad es la aprehensión de la singularidad e intimidad del hombre al margen de todo juicio de valor.

Hemos dicho humillación física y moral porque, en efecto, ésta no se opera sólo en el nivel del intelecto sino también en el campo de lo físico, como lo demuestra el capítulo 6 del Libro II, donde Montaigne describe con enorme precisión y minuciosidad el estado de semi-inconsciencia en el que se encontró tras haber sufrido el accidente a caballo. Y es que, en definitiva, es únicamente experimentando la inacción y el desfallecimiento casi absolutos, como Montaigne encuentra el terreno estable donde fijarse y en él la esencia de su yo.

Y en esta aprehensión, en esta fusión totalizante del yo con su propia esencia, el presente, en tanto que coordenada temporal única, resulta fundamental.

Es exclusivamente el instante presente el tiempo que cuenta y que tiene valor en la escritura del yo. Montaigne no busca reconstruir su vida pasada -ya lo hemos dicho-, sino, por el contrario, alcanzar la verdad absoluta, la autenticidad de su yo en el instante en el que se presenta. Porque la perfección del acto de conciencia, de la que, como bien señala Georges Poulet en su libro *Entre moi et moi*, Montaigne es absolutamente consciente, exige la coincidencia, la identidad total del sujeto que piensa y del objeto pensado,

es decir, la identidad del yo como objeto y sujeto de su propia experiencia. Coincidencia que, por otra parte -y Montaigne es igualmente consciente de ello-, sólo podrá realizarse en el momento presente.

Por esta razón, a partir de aquí, poco importa que el yo se refiera al pasado, al momento actual o al futuro. La coherencia, la fidelidad cronológica es, por consiguiente, irrelevante en este caso, pues lo que en verdad importa es la aprehensión del yo en el presente de cada instante.

De ahí que aquello que, accidentalmente, se encuentra en el sexto ensayo del Libro II, en un nivel anecdótico -tan próximo a Rousseau, por otra parte-, vuelva a parecer en un nivel más profundo en todo el proceso de escritura.

Je ne puis assurer mon objet. Il va trouble et chancelant, d'une ivresse naturelle. Je le prends en ce point comme il est en l'instant que je m'amuse à lui. Je ne peins pas l'être, je peins le passage. (Montaigne, ed 1967: 27)

De là toutefois il adviendra facilement qu'il s'y mêle quelque transposition de chronologie, mais cours prenant place selon leur opportunité, non toujours selon leur âge. (Montaigne, ed 1967: 388)

No obstante, esta asimilación, esta aprehensión por la escritura de la estructura secuencial con valor presente absoluto del yo no implica ausencia de rigor y de cohesión, puesto que precisamente la coherencia, la unidad se encuentra en la expresión y en el asimiento -por la expresión- de la actualidad del ser en cada instante.

En efecto, el rigor del ensayo es el rigor de la subjetividad, es decir, el que impone el sometimiento abnegado a la individualidad del ser, y cuya concreción se opera en la escucha atenta del yo.

Montaigne aspira a la subjetividad absoluta y, por ello, su idea de la verdad, liberándose de los límites del conocimiento objetivo, se convierte en la idea de la veracidad personal, individual y subjetiva; en una palabra, en la idea de la autenticidad, es decir, aquello que es tan sólo verdad para Montaigne, en el momento en el que lo escribe. De ahí que la contradicción tenga perfecta cabida, pues, de hecho, deja de serlo si se acepta como él lo hace la estructura del yo.

C'est un contrerole de divers et muables accidents et d'imaginations irrésolues et, quand il y échoit, contraires; soit que je sois un autre moi-même, soit que je choisisse les sujets par autres circonstances et considérations. Tant y a que je me contredis bien à l'aventure, mais la vérité, comme disait Démade, je ne la contredis point. (Montaigne, ed 1967: 327)

Pero incluso cuando observa la contradicción como tal, esto es, en tanto que antinomia, no sólo no la rehuye, sino que, como ya dijimos antes, la pone de manifiesto, ya que informa la base misma de la estructura del yo, puesto que es, en definitiva uno de sus elementos constitutivos esenciales.

Cabe, por tanto, hablar, a partir de esta ausencia de referencias temporales, de *acronía* o, más exactamente, de *ucronía*, es decir, de existencia en los *Ensayos* de un tiempo único y absoluto -el presente- que, por otra parte, es deseable, pues en él es cuando el individuo, centrado en sí mismo, aprehende su esencia. Y, desde esta misma perspectiva, cabría decir también que otro tanto ocurre en lo que a la coordenada espacial se refiere, por cuanto, en estructura profunda, las referencias espaciales objetivas son igualmente ignoradas en favor de un solo y único espacio, el espacio de escritura, que, además, en la misma medida que el presente, es deseable, puesto que constituye el "topos" donde el yo se crea. De ahí que, en rigor, el término que mejor definiría este espacio y este tiempo de la escritura sería el de *utopía*.

Lo cual, teniendo en cuenta que la fusión de las coordenadas espacio-temporales es característica inequívoca de la literatura moderna y, en particular, de lo que puede ser llamado la escritura poemática, demuestra la originalidad y modernidad indiscutibles del texto de Montaigne. Aspectos que resultan aún más evidentes si se considera el carácter existencial de andadura montaigniana.

Montaigne pasa de forma constante, en sus Ensayos, del estudio de sí al examen de su actividad literaria. Meditar sobre su propia naturaleza y meditar sobre su expresión literaria se reduce, en definitiva, a lo mismo. Es un mismo y único acto, porque el yo no sólo se dice a través de la escritura, sino que -aún más- se hace en ella.

Los autores que se confiesan abundan, ciertamente, pero en general sus textos no son sino relatos *a posteriori*, explicaciones ulteriores de un destino ya cumplido, que el yo conoce en el momento de la escritura, mientras que, en caso de Montaigne, se trata de un grado superior del descubrimiento del yo. Escribiendo se abandona y deja curso libre a su yo, que va haciéndose a medida que el libro toma cuerpo:

Me peignant pour autrui, je me suis peint en moi de couleurs plus nettes que n'étaient les miennes premières. Je n'ai pas plus fait mon livre que mon livre m'a fait, livre consubstantiel à son auteur, d'une occupation propre, membre de ma vie; non d'une occupation et fin tierce et étrangère comme tous les autres livres. (Montaigne, ed 1967: 275)

Ici, nous allons conformément et tout d'un train mon livre et moi. Ailleurs on peut recommander et accuser l'ouvrage à part de l'ouvrier, ici non: qui touche l'un, touche l'autre. (Montaigne, ed 1967: 327)

Por otra parte, la cuestión del sentido de la obra -¿por qué escribir?- tiene en los *Essays* la misma respuesta que la del sentido del estudio de sí. Escribir, para Montaigne, es mantener un registro fiel de sí mismo, de lo que ocurre en él en el momento presente de cada instante, pero siempre desde una óptica subjetiva. Pero este registro, para ser fiel y auténtico, debe necesariamente realizarse a través de la escritura, porque, como el propio Montaigne lo dice, el monólogo interior no es suficiente.

La escritura constituye, por tanto, el medio a través del cual Montaigne estudia y aprehende su yo, pero no, como ya hemos visto, a través de la expresión de su realidad pasada, sino a través de la toma de conciencia y de la asimilación de las transformaciones de la subjetividad fluente. Así pues, Montaigne se conoce a sí mismo haciendo, esculpiendo su propia imagen, es decir, escribiendo. La dinámica de su escritura y la de su yo se desarrollan en paralelo sincrónicamente.

Cabe, por consiguiente, afirmar que la escritura en Montaigne no sólo constituye el medio que le permite el conocimiento de su yo, sino que es ella quien le crea, ya que es tan sólo *en y por* la escritura como consigue aprehender las fluctuaciones y la unicidad del instante, ambos elementos constitutivos esenciales de la estructura del yo profundo.

De donde se deduce que para Montaigne el acto de escritura no es, en absoluto, una actividad intelectual al margen de la actividad existencial del yo. Y si bien, ciertamente, resulta todavía prematuro hablar de fusión total entre ambas actividades, es evidente, sin embargo, que existen en el ensayo estrechísimas relaciones entre las dos, que llegan, en ocasiones, a anular el carácter *intelectual* de esta escritura.

Por último, con objeto de delimitar más exactamente el espacio del ensayo, veamos con un poco de detenimiento la estructura semántica de los términos *essai* y *essayer*.

En Francia, en el siglo XVI, *essai* significa: "*exercice, prélude, épreuve, tentative, tentation, échantillon de nourriture*"; y *essayer*: "*tâter, vérifier, goûter, éprouver, induire en tentation entreprendre, s'exposer au danger, courir un risque*".

En Montaigne encontramos esta idea de tentativa cuando emplea los términos *essai* y *essayer*. Pero debemos precisar también que adopta este sentido con un matiz suplementario; se trata, exactamente, de una tentativa *novicia*, de una prueba de aprendiz. De donde se desprende esta otra idea de

constante refacción y renovación, que resulta tanto más interesante cuanto que el yo está siempre en continuo aprendizaje.

Elle (l'âme) est toujours en apprentissage et en épreuve. (Montaigne, ed 1967: 327)

Por otro lado, ya lo hemos visto, Montaigne concibe el yo como un objeto siempre fluctuante e inestable. De ahí que el espacio en el que el yo, más que decirse, se hace, deba ser de igual naturaleza que su contenido, esto es, moble, vacilante. Por ello, este espacio, en el siglo XVI, no puede ser otro más que el ensayo, puesto que de hecho éste, en su esencia significativa misma, encierra esta idea de posibilidades múltiples, de *soluciones* provisionales, nunca definitivas.

Si mon âme pouvait prendre pied, je ne m'essaierai pas, je me résoudrais. (Montaigne, ed 1967: 327)

Los términos *essai* y *essayer* son, por tanto, empleados por Montaigne con absoluta conciencia y con toda intención, pues sabe, desde una perspectiva ontológica y de escritura, lo que significan.

Por otra parte, los semas específicos de ambos sememas remiten, asimismo, al método puesto en práctica por Montaigne con objeto de alcanzar su meta, y que consiste en la prueba, en el ensayo intelectual y existencial, fiel a lo provisional y a lo precario, destinado a experimentar sobre la esencia del yo, renunciando a establecerse en teoría, en sistema, para instruir a los hombres.

Aux essais que j'en fait ici, j'y emploie toute sorte d'occasion. Si c'est un sujet que je n'entends point, à cela même je l'essai (mi juicio) [...]. et puis le trouvant trop profond pour ma taille, je me tiens à la rive [...]. Tantôt à un sujet vain et de néant, j'essaie de voir s'il (mi juicio) trouvera de quoi lui donner corps [...]. Tantôt je le promène à un sujet noble et tracassé [...] là, il fait son jeu à élire la route qui lui semble la meilleure. (Montaigne, ed 1967: 327)

De donde se infiere el significado dominante del término *essai*: prueba de uno mismo encaminada a conocernos en toda nuestra complejidad, que debe ser realizada, además, en cada instante, en la página escrita siempre corregida, siempre ensayada, nunca definitiva.

Pero el campo semántico del ensayo en Montaigne es aún más amplio. También significa "experiencia" pasiva de sí. Así, por ejemplo, es como

experimenta la muerte: la gusta, la palpa, la prueba en el acontecimiento pasivamente pero, también, voluntariamente acogido.

Il me semble toutefois qu'il y a quelque façon de nous apprivoiser à elle (a la muerte), et de l'essayer aucunement. Nous en pouvons avoir expérience. (Montaigne, ed 1967: 157)

Or, à présent que je l'ai essayée par effet [...]. (Montaigne, ed 1967: 159)

Su libro es, por consiguiente, la suma condensada, de las experiencias de sí, o, más exactamente, la experiencia total de su yo. Se podría decir, en una palabra, que su libro es el verdadero ensayo de él mismo y de sí mismo, ya que es, en definitiva, a través de la escritura, constantemente emprendida e intentada, como experimenta el conocimiento de su yo profundo.

Así pues, el título de *Ensayos*, empleado, sin ninguna duda en forma absolutamente intencionada, no remite a una categoría literaria ajena al yo de Montaigne, sino, por el contrario, al método (experiencia intelectual/existencial) puesto en práctica por el autor, y a la esencia misma de su yo.

El título de texto de Montaigne no hace, en consecuencia, sino traducir su voluntad de existir en lo pasajero de su persona. Pero el ensayo, recorrido de la existencia, es también -no lo olvidemos- el trayecto de la escritura: de la existencia en la escritura.

De todo lo cual se deduce que los *Ensayos* de Montaigne no sólo no son una autobiografía *stricto sensu*, ni participan de las coordenadas del sistema, sino que inauguran un nuevo modo de expresión literaria que hemos optado por llamar *espacio de la escritura autobiográfica* por dos razones esenciales: por una parte, por nuestra concepción del hecho literario como práctica dialéctica viva en constante búsqueda de su propia significación, y, por otro lado, por una comprensión del acto autobiográfico como conducta ontológica, asimismo en constante creación. Y ello, no sólo para distinguirlo del género ya catalogado de la autobiografía, sino también y sobre todo, con objeto de poner de manifiesto tanto los conceptos de búsqueda y de ensayo itinerante, como las nociones de movilidad e inestabilidad que le caracterizan, y que a su vez le separan de la esencia del sistema.

A modo de síntesis podemos reagrupar en tres puntos las características del ensayo que antes hemos analizado:

-en primer lugar, su peculiar estructura funcional que resulta totalmente distinta a la de la autobiografía, más por la naturaleza y la función de sus elementos componentes que por su disposición formal, que en sí misma no constituye un rasgo pertinente categórico. Mientras que la autobiografía se

compone fundamentalmente de segmentos de naturaleza narrativa, cuya función consiste en referir hechos pasados, siguiendo el eje diacrónico, el ensayo, por el contrario, se compone esencialmente de segmentos de tipo especulativo, cuya misión es la de actualizar la presencia del yo-escritor, en el interior del texto. Diferencia notable, tanto más significativa cuanto que atañe a la cuestión de la temporalidad, que es uno de los núcleos de la problemática autobiográfica. Pues si se trata, en el caso de la autobiografía, de seguir fielmente el hilo cronológico-histórico, en el caso del ensayo, se trata sin embargo, de la actualización voluntaria, por parte del autor, del eje sincrónico en su doble perspectiva actual y atemporal;

-en segundo lugar su dimensión auto-referencial, manifiesta en la identificación del yo en la escritura. Mientras que la autobiografía se presenta como una estructura referencial y, más exactamente, pre-referencial, pues significa una realidad preexistente y exterior al texto (la vida del autor), el ensayo, sin embargo, orientándose hacia la introspección y la creación ontológica, constituye una armadura autorreferencial, pues su referencia, inexistente a priori, es una realidad inherente al texto, que se crea y deriva por consiguiente del proceso mismo de escritura. Y,

-en tercer lugar, su carácter de práctica plural e inestable destinada a ser constantemente emprendida; lo cual le distingue tanto de la autobiografía como del sistema. Pues, mientras que estas dos modalidades se ofrecen como escritura única y definitiva, porque su objetivo es la fijación y consolidación de una realidad ya existente (biográfica o especulativa), el ensayo se presenta como una construcción en movimiento constante, precisamente porque su objetivo es la constante epifanía del yo del autor, fluctuante por naturaleza, en el interior del texto. En definitiva, porque en el ensayo la escritura no se reduce a un simple instrumento formal al servicio de una realidad ya existente, sino que constituye una práctica ontológica, una conducta que tiene valor en sí misma y que no puede, en consecuencia, concluir nunca de manera definitiva.

Nuevo espacio, por tanto, cuya propiedad específica es la discursividad, si por ella entendemos la actualización volitiva y consciente de la instancia enunciativa. Pues, en efecto, resulta evidente tras el análisis de las estructuras de los *Essays* que el objeto de los mismos exige la actualización permanente de la instancia enunciativa. Pero, de forma más concreta, en este caso además, la instancia enunciativa se actualiza a través de la imitación o representación textual de los indicios propios de la oralidad, esto es:

- proliferación de unidades deícticas;
- marcas de la sintaxis oral; e

-indicios de la actividad dialogística.

Para terminar veamos cómo, efectivamente, los rasgos propios del ensayo se corresponden con estas marcas definitorias de la oralidad.

Señalábamos como primera característica del ensayo su peculiar estructura funcional; pues bien, esta estructura implica tanto la proliferación de las marcas propias de la sintaxis oral (digresiones, interrupciones, yuxtaposiciones), como la proliferación de unidades deícticas, como consecuencia del valor absoluto que adquiere el presente en el ensayo.

El segundo rasgo distintivo era su dimensión autorreferencial, que implica asimismo una notable proliferación de unidades deícticas, en la medida en que, significando la identificación del yo con la escritura, actualiza inequívocamente el eje yo-aquí-ahora característico de la deíxis.

Y, por último, la condición de práctica plural e inestable destinada a ser constantemente reemprendida, que implica consecuentemente la presencia de algunos de los indicios más representativos de la actividad dialogística; como, por ejemplo, el recurso al binomio pregunta/respuesta (aquí, carente en muchos casos de dimensión retórica), o la constante recuperación de enunciados para ser corregidos, precisados o modificados.

De suerte que, inaugurando como hemos visto un nuevo modo de escritura, sustentado por la discursividad, cabe afirmar que el ensayo de Montaigne introduce asimismo el eje discursivo como vector direccional de la escritura francesa de la modernidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

*KANT, I. (ed 1978). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara (trad. Pedro Rivas).

*LEJEUNE, Ph. (1975). *Le pacte autobiographique*. Paris: Le Seuil.

*MONTAIGNE, M. de (ed 1967). *Essais in Oeuvres Complètes*. Paris: Le Seuil.